
IN MEMORIAN

El 12 de agosto de 2003, hacia las 20.00 horas, fue asesinado en Villavicencio REINALDO PERDOMO HITE. En él perdían los campesinos del Ariari a uno de sus más valiosos líderes, de esos que se ganan la confianza de los demás por su integridad moral y por dar testimonio, tanto en los momentos cruciales de la vida, como en los detalles más insignificantes de lo cotidiano, de que se juega siempre por unos valores innegociables, por los cuales se está siempre dispuesto a pagar cualquier precio, incluso el de la misma vida.

Reinaldo había llegado al Llano muy niño, procedente del Cauca, donde vivieron sus ancestros. Familiarizado con el desplazamiento forzado desde su niñez, llegó de la mano de su padre en una de esas migraciones que colonizaron el Meta bajo el acoso de violencias inhumanas. En la zona del Ariari y especialmente en La Esmeralda (El Castillo - Meta), construyó su familia y su comunidad, inspirado siempre en los principios y en la práctica de la solidaridad. Aportó intensamente a la organización de los campesinos, la que no puede desarrollarse, en nuestro contexto, sino a punta de muchas formas de resistencia frente a los poderes dominantes que buscan monopolizar las tierras, los recursos naturales y el poder político.

Reinaldo no fue un líder de tribuna ni se caracterizó por ninguna fogosidad verbal. Era, por el contrario, muy parco en hablar. Observaba y escuchaba con profunda atención lo que los demás decían, asimilándolo y analizándolo en su interior. Cuando hablaba, le bastaban pocas palabras para cautivar la atención y la adhesión de su campesinado, que lo seguía con la confianza que se deposita en quien se sabe que jamás traicionará la causa.

Ya hacía casi dos años que Reinaldo, como la mayoría de sus paisanos, se había visto obligado de nuevo a desplazarse. El avance paramilitar en el Ariari, apoyado en la connivencia de todos los poderes del Estado, había ido



inundando de sangre la región y los medios de subsistencia de los campesinos fueron cayendo en manos de los criminales.

Desde su humilde vivienda enclavada en los suburbios empobrecidos de Villavicencio, donde se han refugiado muchos millares de familias desplazadas de todos los rincones del Llano, Reinaldo seguía siendo el confidente y el consejero irremplazable de los exiliados. Con ellos había conformado comités para explorar formas de subsistencia y posibilidades de un retorno digno.

Pero su presencia no podía escapar a los sabuesos de un régimen paramilitarizado, que se ha propuesto exterminar

Reinaldo Perdomo Hite

nar todos los restos de organizaciones de base que aún no se han doblegado al unanimismo mediático político de la engañosa “seguridad democrática”, la cual se proclama como “seguridad para todos” mientras echa mano de los instrumentos que durante muchas décadas le han servido solo a los poderosos, exterminando con saña y barbarie a todo grupo humano que proponga una sociedad menos discriminatoria.

El martes 12 de agosto Reinaldo llegó a su casa un poco tarde, luego de una reunión con un comité de desplazados. Mientras estaba cenando le avisaron que alguien lo llamaba por teléfono, a la casa del frente, donde funciona un billar, pues en su casa no había teléfono. Cuando cruzaba la calle para responder la llamada, le dispararon de frente y cayó agonizante, falleciendo pocos minutos después. Todo da a entender que no hubo ninguna llamada telefónica, pues el teléfono de la casa del billar no estaba descolgado. Los agentes de organismos de seguridad del Estado que llegaron muy pronto para hacer el levantamiento del cadáver, se mostraron muy interesados en buscar sus agendas y libretas de apuntes y en averiguar con quién se reunía y qué actividades tenía, pero no mostraron ningún interés en identificar a los victimarios y mucho menos en perseguirlos. Esa es la rutina de nuestra “justicia”: se investiga a la víctima, jamás al victimario, a no ser que la víctima pertenezca al círculo poderoso de los victimarios.

Reinaldo entró, pues, en esa enorme lista de víctimas del Llano, que pagaron con su vida la opción insobornable por la dignidad humana y cuya sangre seguirá interpelando sin descanso a nuestro país sumergido en la iniquidad de una injusticia escoltada por las formas más brutales de violencia.

Reinaldo no se propuso jamás como ideal de vida acumular riquezas, ni fama, ni honores, ni poder, cosas que se esfuman implacablemente con la muerte. Invirtió las mejores energías de su juven-

tud y de su madurez en la búsqueda de otro mundo posible donde brille la justicia y ésta produzca la paz. Por eso sigue viviendo en la fuerza de un pueblo que no considera negociables esos valores y que integra la misma muerte como estímulo no egoísta a la gestación de una humanidad nueva y limpia.

Junto a su tumba es forzoso recordar la expresión de otra víctima del Llano, el abogado y dirigente del Comité Cívico de Derechos Humanos del Meta, Josué Giraldo, asesinado el 13 de octubre de 1996: **“Ceder es más terrible que la muerte”**



Foto: Archivo familiar

“CEDER ES MÁS TERRIBLE QUE LA MUERTE”